Los recuerdos del corazón

Raquel López Montagud

Los recuerdos del corazón

Raquel López Montagud

Avant
editorial

Primera edición,julio de 2024
© Raquel López Montagud, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-73-8
IBIC: FA
DEPOSITO LEGAL: M-19753-2024

Para Juan Ramón

Nunca he recordado cuándo comencé a escribir cosas en un papel que luego tiraba a la papelera; quizás por vergüenza, por ignorancia o las dos cosas, jamás comprendí por qué guardé aquellas cartas con tanto esmero, de una tal María Rosa de Paterna, de Madera: unas cartas que cambiaron el rumbo de mi vida. Hasta entonces era una mujer casada, inexperta, como tantas otras. Madre de una niña, y embarazada de la que fue mi segunda hija. Mi privilegio fue asistir a la escuela de monjas; en aquellos tiempos, la mayoría ni asistía a clase. En la adolescencia, mis padres tenían negocio y toda la familia trabajábamos en equipo, sin sueldo y sin seguridad social, eran tiempos en los cuales lo más importante era tener trabajo, no importaban las horas, ni las condiciones. En los tiempos de posguerra franquista, para la gente trabajadora esa era la única solución.

Todavía sigo sin comprender por qué guardé las cartas, ¿o quizás si? ¿Por qué transigimos y nos vemos obligados a convivir con el causante de tanto dolor? Sencillamente por necesidad. Dicen que la venganza se sirve en plato frío, y así la serví, no quedaba otro

remedio: al desamor le sigue el odio. Aunque parezca increíble, te ayuda a sentirte menos desgraciada. En ese momento creí que sería mi único amor, como si aquello fuera todo el resto de mi vida. Concentré en él todo mi odio, debía abrirme camino con calma y mucha paciencia, sin duda la vida me ponía a prueba y debía tratar de aprender la lección. Con dos hijas, sin experiencia laboral y sin la suficiente preparación, el camino sería estrecho, dificultoso y largo, me avergonzaba de aquel sentimiento de odio, pero encontré en él la fuerza. Perdida, asustada, aunque convencida de que constituía una prueba, comencé mis clases de arte, era lo que mejor sabía hacer. Fue un soplo de aire fresco y, de pronto —azares de la vida—, encontré una conocida, casada con el director del centro, la cual me ofreció trabajo para los días de navidad. Hice la entrevista, salí bien y cobré el equivalente a ocho mil euros, que entregué en casa para gastos. Aquella acción me dio vida, pero también estrés —la casa, las hijas, las clases, fueron tiempos difíciles—, mas, tamaña agitación me daba esperanza y luz para seguir.

Después de mi preparación y puesta al día, comencé a trabajar como maestra de taller en un centro de niños minusválidos. Algunas personas los miran espantados, y debo aclarar que muchos de ellos eran más validos que el resto de los humanos, algunos de los cuales te escudriñaban con una mirada extraña de

insuficiencia, como para buscar la incapacidad tuya, intentando justificar tu presencia.

Separada, joven, con dos hijas, pero con trabajo, creía que mi vida transcurriría como la de cualquier otro ser humano en esas circunstancias: escuchaba lo que para mí eran patrañas, infundíos, chismes de gente que hablaban del extraño comportamiento que algunos hombres ejercían sobre la mujer, simplemente por el hecho de tomar ella la decisión. «Imposible», repetía de forma inconmovible, «todo lo acordado ha sido ante notario y por cauces correctos, para qué sirve vivir con alguien que odias y te hace sentir desgraciado». Estaba convencida de que fuera del amor y del odio debían existir otras cosas, como la esperanza y la fe en el ser humano. Todas las mañanas parábamos media hora para almorzar, salían como cohetes, algunos con sillas de ruedas, otros con dificultades, con más ventajas los sordomudos, pero todos ellos trabajadores, con la esperanza de tener una vida en mejores condiciones, a sabiendas de que solo con trabajo se consigue ser autónomos económicamente: no depender de los padres y acometer una nueva vida era de vital importancia para ellos.

En la puerta, con una extraña prisa, Rafa y su silla de ruedas. Miguel, a su lado, gesticulaba su lenguaje de signos: «No puedes salir, el padre de tus hijas está apostado, medio escondido detrás de una columna y parece que no tiene buenas intenciones». Trato de recordarlo

y todo me parece confuso, una extraña vergüenza se apoderó de mí, necesitaba abrirme camino en una vida renovada, pero se empeñaba en asustarme.

—Quizás estáis equivocados.

—No, no lo estamos. Si sus intenciones fueran buenas, sencillamente entraba y preguntaba por ti, pero, escondido y sus formas furiosas, los ojos inflamados… mejor que no salgas.

Aquel centro tenía tres departamentos, cada cual con su maestro. Vimos entrar al encargado del segundo departamento.

—Vengo a decirte… —al ver a los chicos se hizo un silencio.

—Sí, ya sé lo que vienes a decir.

—No soy el único que he visto el ridículo tan espantoso, todos están exaltados, menos tú.

—¿Qué pretende, asustarme?

—No salgas para almorzar y esta tarde te acompañamos a casa, podrás darle tiempo para que reflexione.

Por la tarde, cuando salimos, mi coche había desaparecido.

—No importa —dijo el compañero José—, te llevaré a casa, creo que el tema del coche ha tenido algo que ver con la visita de tu ex marido. —Me acompañó en su auto, subió para saludar a mis hijas, se despidió y se fue.

¿Cómo explicar lo que de momento no tenía una explicación razonable? Me habían sustraído el coche, ¿por qué? No lo sabía con certeza, lo cierto era que

debía recorrer diecisiete kilómetros para llegar al trabajo, y la alternativa que me quedaba era el autobús, tendría que salir muy temprano:

—Dejaré todo preparado y, como coméis en casa del papa, nos veremos por la tarde, ya pensaré qué puedo hacer, ahora preparo la cena y si tenéis los deberes hechos, cenamos y a dormir.

La noche fue agitada, repasaba una y otra vez. ¿Qué había hecho mal? Si algo tenía claro era que el sufrimiento impuesto por el padre de mis hijas me hacía más fuerte, acrecentaba mi desamor hacia él y también la intención sincera de renovar mi vida, de vivirla de otra forma. Mi ex no permitió dejarnos en la casa familiar, y yo acepté quedarme con la barraca —era el nombre de la casita de campo—, con tal de no discutir. Quedaba a unos treinta kilómetros hacia la montaña, pero de allí había demasiada distancia al colegio y al trabajo. Estaba segura de que, cuando la vendiera, podríamos dejar el alquiler en que vivíamos —un piso viejo y destartalado, tan viejo que, al poner en marcha el calentador, se prendió fuego y nos dejó sin agua caliente—, pero en ese momento no podíamos permitirnos otra cosa.

Por la mañana salimos apresuradas todas para llegar al colegio y al trabajo. Ya en el autobús me sentí arropada entre la multitud, segura, quizás la pérdida del coche evitara un final desgraciado —no comprendo

por qué pienso estas cosas absurdas—, pero, de todas formas, tendría que denunciar su desaparición.

Cuando regresé a casa, estaban mis hijas esperando.

—¿Qué ocurre?

—Ocurre mucho, mama: tú estás sin coche…

—Sí, ya sé lo que me vais a decir, tendré que denunciar su desaparición. Pero en el autobús voy bien, todo se arreglará cuando vendamos la barraca y ya tengo una oferta para verla.

—Mama, tenemos que explicarte que no tienes coche porque lo tiene el papa, ha guardado el suyo en el garaje y utiliza el tuyo. Después de afearle su comportamiento veinte veces, sigue queriendo tener razón, ¡tendrás que pensar en algo!

—Pero yo quiero que mantengáis una relación cordial.

—Te repito, mama, ¡tendrás que pensar en algo!

—Ya hablé del tema con la abogada y la pregunta de la señora Ferreyros fue: «¿De quién es el coche?» «Mío». «¿Tiene usted llave?» «Sí, claro». «Entonces, legalmente usted puede disponer del coche en cualquier momento y utilizarlo de la forma que crea conveniente». «Pero parece que él no acepta nada y se diría que quiere arruinar la relación, que como usted sabe, mi deseo es que todo sea de forma cordial y sin problemas». «Bien, pues entonces usted encontrará la forma de solucionarlo, sabiendo que acabo de explicarle que si el coche es suyo, puede disponer de él en cualquier

momento si lo necesita». «Pero si lo recojo para utilizarlo, se convertirá en el juego del gato y el ratón». «Piense en lo que acabamos de comentar, estoy segura de que usted encontrará una solución aceptable para ambas partes».

Qué vergüenza. Aquella noche, simplemente, no pude dormir. ¿Cómo explicar algo tan sencillo, sin que nadie hiciera suposiciones? En ese momento hablaba y contestaba mi argumento, razonaba y creía que lo que pensaba era justo, pero ¿quién creerá mi verdad? El hombre suele solidarizarse con los de su especie, pero las mujeres todavía no somos solidarias. Estaba desconcertada, muy inquieta, y me preguntaba qué era lo correcto y qué podía hacer.

La mañana amaneció soleada, jamás pensé que pudiera influir la luz del sol en las personas de forma tan definitiva, pero esa luz me dio fuerzas para soportar el miedo y mantener el corazón firme y encontrar una solución de forma mágica.

Pedí la colaboración de una mujer que me comprendía y me tenía mucho cariño. Después del trabajo nos dirigimos a donde sabíamos que lo veríamos pasar con el coche, cerca de la que había sido mi casa. Parecíamos dos ladronzuelos espías, agazapados en un escondrijo, en realidad eran unos arbustos, hasta que, después de casi una hora, lo vimos pasar y, transcurridos unos veinte minutos, nos dirigimos a pie hacia la casa: el coche estaba aparcado en la puerta. Miré hacia

la derecha, no había nadie, miré hacia la izquierda, esperando que alguien apareciera en cualquier momento, pero no. Jamás pensé en vivir una experiencia como aquella. Impaciente, introduje la llave en el orificio, las manos me temblaban, necesitaba salir de allí, la giré, no opuso resistencia y huimos de allí sin mirar hacia atrás. Nos dirigimos a donde podía dormir el coche en sitio seguro y, después de dar las gracias, regresé a casa. La noche fue muy agitada y, al amanecer, me dirigí al concesionario para ponerlo en venta.

Según me contaron cuando llegué al trabajo, mi ex había estado desde buena mañana preguntando por mí, le explicaron que estaba recogiendo un pedido, no se lo creyó, y al fin descubrió que aquel vehículo no era de su propiedad y que estaba a la venta, además solo podía sacarlo quien había firmado al dejarlo.

Algo bueno tenía que ocurrir: la barraca se vendió. Después de la firma hablé con mis hijas:

—Lo mejor para todas es que compremos con ese dinero un sitio donde vivir y si estáis de acuerdo, donde tengo el trabajo

—Pero, mama, y los amigos, ¿qué?

—Sin duda tendréis nuevos amigos, pero es urgente que estemos todas juntas.

Al final eran buenas hijas y cedieron pensando que era lo mejor. Nos instalamos y comenzaron nuevos colegios y nuevos amigos.

Unos días más tarde sonó mi teléfono, era la abogada:

—¡Sabía que usted encontraría la solución! La llamo porque el padre de sus hijas se puso en contacto conmigo y pide una parte de la venta del coche.

Comenzó de nuevo aquel malestar, aquel estupor, aquel miedo que lo invadía todo. Por unos instantes no tenía voz: solo recuerdo aquella frase:

—¡Pero si él no cumple ni tan siquiera con las pensiones!

—Intento entenderla, pero luego deberemos reclamarlas por vía legal, en este momento estamos en otra cosa.

—Bien, no es que él sea codicioso, lo que ocurre es que siempre desea hacerme daño, pero no importa, dígale usted que le daré la mitad del valor de la venta.

En aquel momento lo que menos me importaba era el coche, vivir en un pueblo tiene innumerables ventajas para cualquier tipo de familia: las niñas van al colegio a pie, me desplazo a todas partes sin necesitar el auto, el tráfico es mucho más relajado, todos nos conocemos y resulta tan agradable cruzarte con cualquier persona y que te den los buenos días, que el coche es secundario en esos momentos. Con un bote con ruedas para desplazarnos y ver a los abuelos sería suficiente.

Una semana después parecía que todo había vuelto a la normalidad, las niñas en sus colegios y yo en mi

trabajo, me sentía tranquila y feliz. Sobre el mediodía preguntó por mí un policía:

—Buenos días —me alargó la mano—, soy Alberto, es usted la profesora de los jóvenes, ¿sí?

Alargué mi mano para estrecharla.

—Supongo que está usted separada.

—Sí.

—Bien, vengo para darle mi número de teléfono particular…

Lo miré, impasible y sorprendida, no entendía nada.

—Se lo explico. Hace un rato, en el retén, sin quererlo, presencié una escena bastante desagradable y, aunque la persona que la provocó vino más tarde para dar una justificación, no me convenció, yo confío en que usted no lo necesite pero, por si acaso, no dude en llamar en cualquier momento.

Mi primer pensamiento fue contarle aquellas cosas que no comprendía porque ocurrían para alimentar mis miedos, pero me faltó valor y me traicionó la vergüenza. Le miré sin pestañear, no sabía qué había ocurrido, pero le di las gracias y guardé el teléfono como quien guarda un tesoro. Nunca olvidé el nombre de aquel policía: José Alberto Policarpo.

—Gracias.

Aquel día el compañero José no vino al trabajo, porque debía recoger unos pedidos.